

El paraíso perdido

Mazzatti cuenta una historia personal: la de dos hermanas huérfanas en las postrimerías de la Italia de Mussolini

J. ERNESTO AYALA-DIP
'El cielo se cae' (1961) relata en primera persona la historia de dos hermanas huérfanas. Sus padres fallecieron

en un accidente de tráfico y las niñas fueron trasladadas a la casa de unos tíos adinerados. Esto ocurre durante el año 1944 en Italia, cerca de Florencia. Esta historia es de la escritora italiana Lorenza Mazzetti, nacida en 1928. Actualmente vive en Roma. Lorenza Mazzetti amén de escribir otros libros, fue colaboradora del guionista Cesare Zavattini, el autor de los guiones de 'Ladrón de bicicletas' y 'El jardín de los Finzi Contini'. No bien



EL CIELO SE CAE

Autora: Lorenza Mazzetti. Trad.: F. J. Carrolles. Narrativa. Ed. Periférica. 208 págs. Cáceres, 2010. Precio: 17,5 euros

acabada de leer 'El cielo se cae', instantáneamente me vino a la mente la novela de Giorgio Bassani, sobre la que está basada la película que dirigió Vittorio De Sica con el mismo título y el guión de Zavattini. ¿Por qué? Sucede durante la etapa más furibundamente antisemita del régimen de Mussolini, y casi en sus postrimerías. Hay ese aroma de tristeza histórica ante una tragedia que se masca pero que no se alcanza a vislumbrar con la precisión necesaria como para reaccionar. Como en la novela de Bassani, Lorenza Mazzetti pone en boca de una de las niñas (la narradora) toda la inocencia, todo el transcurrir de

una cotidianidad natural, sin ningún nubarrón a la vista que amenazara una tormenta de crueldad tan devastadora.

Siempre es muy difícil construir una voz narradora infantil: poner en esa voz todo el asombro de la infancia, ese cierto coqueteo con la crueldad que practican los niños y esa inocencia muchas veces desarmante y lúcida que les permite atisbar ciertos misterios de la adultez. Las niñas de la novela, Penny y Baby, son italianas, como lo son la mujer de su tío (alemán) y sus primas. El tío alemán es judío. Toda la historia se desarrolla en medio de esa calma casi bucólica de una finca aristocrá-

tica en medio de un paisaje rural. Las niñas huérfanas son felices. Practican el respeto por el Duce y no intuyen ningún peligro infernal cuando llegan a su casa unas tropas alemanas y prácticamente la invaden.

Al final de la novela, la autora nos dice que su novela está basada en su propia vida. El tío alemán de la misma fue en la realidad su propio tío, primo de Albert Einstein. Hitler personalmente decidió exterminar a toda su familia. La autora nos pide que si vamos al cementerio de Badiuzza, en Florencia, dejemos una flor en la tumba de toda aquella desdichada familia. Yo iré y dejaré esa flor.

Philip Roth y la autodestrucción

En 'La humillación' un actor de 65 años asiste a su propia decadencia en el aspecto profesional pero no se resigna a renunciar a la felicidad

NOVELA

IÑAKI EZKERRA



LA HUMILLACIÓN

Autor: Philip Roth. Narrativa. Trad. Jordi Fibla. Editorial: Mondadori. 112 páginas. Barcelona, 2010. Precio: 17,90 euros

En la etapa que Philip Roth inició con 'Pastoral americana' y que es la de una plenitud literaria en la que se conjuran la ausencia de complejos, la honestidad existencial, la valentía moral y la sabiduría narrativa, ha habido dos fantasmas que planeaban reincidentemente sobre sus libros. Uno de ellos es la vejez, que él ha sabido retratar de manera despiadada, sin concesiones a sí mismo, sin eufemismos de ninguna clase, sin mensajes edificantes y con toda la acritud de un destemplado ánimo y de los remordimientos por una vida que no se tiene por ejemplar y que deja un montón de asignaturas pendientes. Un ejemplo de ese tipo de sabido de retrato nos lo brindaba el personaje de 'Elegía', un tipo que había

logrado más o menos triunfar profesionalmente como propietario de una agencia de publicidad en Nueva York pero que cuando moría dejaba una familia desarbolada, prueba de la parte oscura de su vida y de su personalidad que reconocía como fracasadas. El otro de los fantasmas es el de una sexualidad tardíamente desatada que en 'El mal de Portnoy' adquiriría unos tintes patológicos y en la que se daban cita voyeurismo, fetichismo, exhibicionismo y autoerotismo con un cariz virulento que colisionaba de forma frontal con un fuerte y convincentemente descrito sentido ético.

Pues bien, 'La humillación' reúne a esos dos fan-

tasmas. Por un lado, está la vejez inhóspita del protagonista. Simon Axler es un baqueteado actor de teatro que experimenta la pérdida del talento interpretativo durante una actuación en el Kennedy Center. Esta experiencia va a ser la que le precipite en un desmoronamiento personal y en la convicción de que es un derrotado cuya tragedia no le importa nada a nadie; un hecho que corroboran otros como el de que su propia mujer lo ha abandonado o el de la gran infelicidad que logró alcanzar en distintos matrimonios.

El retrato de nuestro antiheroico héroe queda trazado como el de «un hombre detestable que no era más que el inventario de sus defectos». El paso por un hospital psiquiátrico le llevará a plantearse seriamente la posibilidad liberadora del suicidio que le sigue persiguiendo cuando por fin consigue abandonar el centro y se recluye en una casa de campo. Solo se olvidará de ese pensamiento tenebroso cuando irrumpa inesperadamente en su existencia Pegeen Stapleford, la hija de unos viejos amigos a la que él lleva veinticinco años.

'La humillación' no es

una novela menor sino un magistral texto en el que Philip Roth se ha empleado a fondo a la hora de urdir malévolamente el personaje capaz de despertar en Axler la ingenua ilusión de la media naranja y del amor como una tabla de salvación personal.

Pegeen es lesbiana y vive un momento difícil en el que está tratando de superar la ruptura con otra mujer que ha sido su compañera sentimental. Lejos de suponer esta circunstancia una dificultad para desarrollar novelísticamente la sexualidad del personaje central del libro, el desengaño y la condición lésbica de la mujer de la que Axler se enamora van a ser los acicates que van a estimularla y las vías por las que la va a tratar de poner en marcha ya que éste se le propone a Pegeen como el simbólico y práctico miembro masculino que puede saciar en ella la carencia fálica y realizar su deseo.

Dicha propuesta es la que da lugar en la novela a las escenas más escabrosas. Pese a acceder a la penetración, ella no renunciará a las relaciones homosexuales y será el propio 'amante' el que colaborará en ellas al proporcionarle en



El escritor norteamericano Philip Roth. EFE

un momento determinado el cuerpo de una muchacha a la que veja violentamente con un artilugio de la más típica parafernalia sadomasoquista sin que por ello estemos ante una obra que pueda definirse como pornográfica ni como erótica siquiera.

Estamos ante un magnífico relato realista del último Philip Roth, ante la descripción de «un tipo de

sexualidad femenina» que, pese a recurrir a las fantasías pornográficas y precisamente por eso, por recurrir a éstas, se muestra de una gran banalidad. Es el sentido superficial del sexo, unido a un egoísmo que utiliza a las personas, lo que va a arruinar el idilio entre la lesbiana y el jubilado más que las inclinaciones sexuales de ella o la diferencia de edad que hay entre ambos.